

aceptable y aún ventajosa. El negocio se hizo, me consta, y Pino Suárez se embolsó cien mil pesos.— Bien, interpuso, esto si es un caso concreto. ¿Puedes probármelo?— Me lo veda el secreto profesional, no puedo darte el nombre de mi cliente.— ¿Pero me das tu palabra de honor que te consta este hecho?— Sí te la doy.

Conozco este abogado desde hace quince años y aseguro que todo el mundo lo tiene en México por serio y honorable.

Regresando de Europa a Cuba, nueve meses después de la tragedia que costó la vida al Vicepresidente, trabé conocimiento con cierto honorabilísimo ingeniero que en compañía de su esposa retornaba a México. Las amistades en los viajes trasatlánticos se hacen bien pronto y cuando se inician con una simpatía verdadera, las confidencias no tardan en abrirse camino. El matrimonio había sido vecino del Vicepresidente, llegándose a establecer relaciones y a cambiar visitas. La señora se expresaba con gran admiración y recordaba a su esposo que aquella amiga de pocos meses, conocida en plena dicha, se encontraba ahora viuda, cargada de familia, *sin fortuna*, arrimada a parientes caritativos... (1).

Pero calumnia, calumnia... que algo queda. ¡Oh, los miserables! Todo el mundo sabe hoy día en Yucatán que Pino Suárez murió sin fortuna. ¡Cuántos años tardarán los febreristas activos y platónicos en comprender, a fuerza de sangre y luto, el crimen que han cometido sacrificando todo lo puro, todo lo bueno y prostituyendo lo más caro que tiene el hombre, su propia conciencia! Si la ignorancia es la inercia del espíritu, la calumnia invasora y escurridiza, es la ponzoña corrosiva de

(1) Un honorable banquero francés, gerente de cierta gran empresa establecida en México, me decía lo siguiente: Fíjese Ud. en este raro caso: Jamás se ha hablado tanto en México de robos y nepotismo como durante el gobierno de Madero. Y es curioso que no conozcamos, en la Capital por lo menos, una sola persona que se haya enriquecido a su sombra. Muchos maderistas han muerto o se han retirado más pobres que antes del régimen. Podrá afirmarse otro tanto del gobierno porfirista, y sobre todo del huertista?

los malos corazones, el hongo maligno de las conciencias. Entre el negro Otelo y la blanca Desdémona, llega Yago, escupe y mata....

Pero qué más, ¿no decía todo el mundo a "sotto voce", cuando se lanzó la candidatura de Pino Suárez, que Madero la favorecía porque iba a aliarse en matrimonio con su familia, ignorando que el viril periodista tabasqueño era casado y tenía varios hijos? ¿Nó se lanzó a profusión la especie de que la familia Madero, una de las más sólidamente ricas y prósperas del país, se había lanzado a la revolución para librarse de la bancarrota? Pero a qué enumerar. Calumnia, calumnia.... Durante veinte meses, la atmósfera de México se cargó de impostura, de infamia. Las menos innobles de las armas que la reacción empleara, fueron los cañones de la Ciudadela.

Pero el cliché estaba hecho, había que incrustarlo en la conciencia pública. A la mítica "porra" había que oponer una "mafia" muy efectiva, una "mafia" que se encargara de poner "fierros" a todo el pueblo mexicano, tal como se hace con la caballada de las haciendas. Se hacía el "ferro" y se calentaba al rojo blanco. Los periódicos y cada uno de los afiliados, en su círculo de acción particular, se encargaban de aplicar aquel sello candente, indeleble, en las reblandecidas conciencias de la criollaría vocinglera y estulta. El Presidente era inatacable porque era inofensivo. Aquel hombre fuerte tenía una debilidad: un amor apasionado por su país. Aquel amor de amante afortunado, de enamorado correspondido y satisfecho, lo maniatava haciendo del audaz reivindicador, del luchador intrépido y convencido, una prodigiosa amalgama de consentida debilidad en el sentimiento y de fuerza invencible en la acción; dispuesto siempre al esfuerzo, resignado de antemano al sacrificio, fatalista como todos los grandes fanáticos, resuelto a inmolarlo todo, en cualquier momento, de cualquier manera, antes del triunfo, como después de la victoria, en aras de su fogoso patriotismo. Aquel gran obstinado,

aquel gran vidente, era un gran benevolente. Vencedor, olvidó opresores y oprimidos y centralizó sus esfuerzos en mejorar la suerte de todos. No conocía científicos, ni reyistas, ni maderistas y quizá, entre todos los de su partido, fué el único que jamás se sintió maderista. No conocía más que mexicanos. Hubiera querido abrazarlos a todos, confundiéndolos en un solo abrazo. Hubiera querido besarlos a todos, absolutamente, de manera tan absoluta como un río besa a otro río, como la ola besa la arena. En este beso se coló Judas.

Su patriotismo y su benevolencia eran demasiado evidentes, su pureza demasiado manifiesta. La inepta leyenda de que se hubiera lanzado a penosísima propaganda cruzando gran parte del territorio en medio de mil peligros, para salvar de la bancarrota a su familia, cayó bien pronto, pues se consideró demasiado maravilloso que un hombre llevase su estulta abnegación al extremo de sacrificarse por mezquinos intereses y cargárase la conciencia con la monstruosa infamia de ensangrentar a su país y cubrirlo de luto y lágrimas para tan bastardos fines; sin detenerse en meditar demasiado, por otra parte, en lo inverosímil de que una familia de nueve hombres, todos robustos y trabajadores, admirablemente preparados para la lucha en los mejores colegios del extranjero, recurriese a medios tan peligrosos, tan criminales y tan tortuosos para salvarse de compromisos pecuniarios. La endeble leyenda de la "locura" tampoco resistió largo tiempo a las tímidas incursiones del sentido común en aquel campo devastado por la dictadura: si el General Díaz fué derrocado por un loco, ¿quién era, pues, el General Díaz? Y todos aquellos hombres maduros y sesudos que seguían al Apóstol sin disputarle el puesto supremo eran, pues, otros tantos locos? Porque ¿cómo se concibe que cincuenta intelectuales que discuten, deliberan, acuerdan, puedan reconocerse inferiores a un loco, poniéndolo en el lugar de honor e invistiéndolo de todas las facultades y la necesaria autoridad para emprender la más arriesgada de las aventu-

ras, en cuyo azar jugaban las cabezas de todos ellos? ¿Cómo explicar que aquellos hombres cuyos trabajos en pro de las nuevas ideas eran conocidos en los clubs, en las esferas políticas, escogieran para su jefe a un "joven de buena familia", nacido en la opulencia y adoleciendo, —como se lo figurarían seguramente en un principio aquellos viejos luchadores— adoleciendo de toda la insignificancia y el afeminamiento tan generales en nuestras acomodadas clases criollas? Las patrañas de la "bancarrotita de la familia" y la "locura" del "cosechero de Parras" rodaron bien pronto, desmoronadas por su propia inconsistencia, "al abismo insondable de la nada".

Había que inventar otra cosa. La mafia reaccionaria recordó la vieja verdad que yo formulo de esta manera: "Miente mejor quien mejor se acerca a la verdad". Para que lo "verosímil" se torne en "verdadero" no hace falta más que una cosa: la prueba. Pero dada la indigencia cívica de aquella generación de esclavos, la prueba podría substituirse con la "presunción moral". ¿No había bastado esa "presunción moral" durante treinta y cinco años para llevar a los ciudadanos al presidio o al cadalso? El Presidente tenía un hermano que, entre los cinco que le habían seguido en su empresa, se distinguió por su actividad y por su inteligente radicalismo. Gustavo Madero era un hombre de negocios. Esto no lo distinguía mucho de los demás, pues yo no conozco un Madero que no lo sea. Pero además de hombre de negocios, Gustavo era tuerto. Por mucho que la cruel y áspera "indelicateza" peninsular haya podido modificarse en nuestro trópico, aún subsiste, en el fondo, esa penuria moral que hizo la gloria de Quevedo y paseó con monotonía de cascabel, por toda España, los chascarrillos del tartamudo Carreño. Santa-Anna se llamó el cojo Santa-Anna; González, el manco González; Félix Díaz, el padre, el Chato Díaz. Gustavo Madero se llamaría "Ojo Parado".

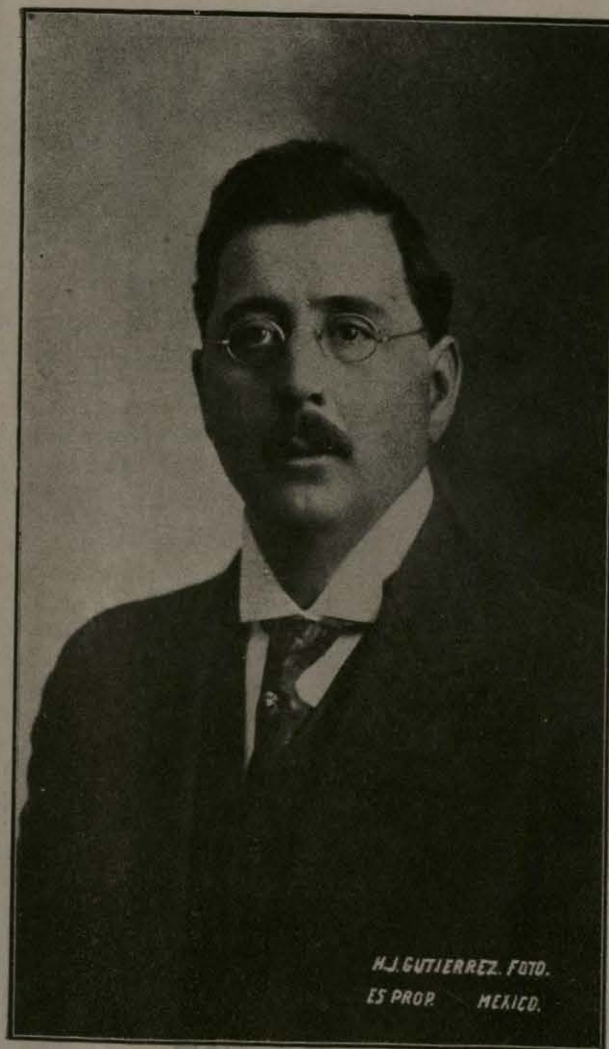
Cuando su pasión antisemita inspiró a Drumont este mote genial para designar al semijudío Gambetta: "tuerto sonoro", toda Francia rió de la ocurrencia; pero

nadie se hubiera atrevido a exhibir su mal gusto intentando prolongar una broma en la que nunca hubo el propósito de castigar en el tribuno tan involuntaria imperfección y que, como todas las buenas bromas, no debía durar más allá de lo que una rudimentaria piedad y las reglas del buen gusto permiten. En Francia, los motes que se refieren a defectos físicos, sólo entre los apaches prosperan.

Don Gustavo Madero había arriesgado toda su fortuna para reconquistar la libertad de su país y restaurar la independencia del poder judicial, criminalmente subordinado a una corrompida plutocracia. Tallado a la moderna, poseedor de vastos conocimientos prácticos, hombre de acción experto y resuelto, comprendió toda la extensión de los ideales de su hermano mayor y puso su fortuna al servicio de la idea "para cuando llegara el momento de comprar fusiles". Los directores de la revolución saben hasta que punto cumplió su palabra y la historia dirá algún día lo que aquella magna obra de redención debió al talento y a la cálida y vigorosa actividad de este gran calumniado. Labor es esa que no cabe en incompletas y descosidas notas. Los deudos, los amigos de Don Gustavo Madero, tienen el grave e indeclinable deber de rehabilitar su memoria, para darle el lugar que merece en el corazón de sus conciudadanos.

Los futuros historiadores de la revolución de 1910 incurrirían en una grave injusticia con la verdad histórica si al lado de la excelsa figura de Madero no apareciera el hermano cuya mirada vigilante le siguió hasta perder, en salvaje atentado digno de cafres, antes que la vida la vista. Fuerza consciente e irresistible, don Gustavo Madero fué el músculo de la revolución y de la defensa. El japonés Yoskida Shoin, a cuyo país estaba destinado en grata misión, podría escribir esta estrofa sobre la tumba de los excelsos sacrificados mexicanos:

"De sobra conocía que mi labor acabaría en muerte;
Pero el espíritu de la patria me impulsaba
A afrontar los acontecimientos sin vacilar".



H. J. GUTIERREZ. FOTO.
ES PROP. MEXICO.

Yo hice un viaje de México a Monterrey con don Gustavo Madero, en su propio vagón, el 29 de diciembre de 1912. Un amigo común me había invitado a emprender ese viaje en su compañía, con objeto de que trabásemos conocimiento y aclarásemos una inepta calumnia. Restando las ocho horas de sueño, aquellas treinta horas de conversación, entre cuatro de sus viejos camaradas, me ilustraron sobre muchos asuntos que hasta entonces yo no había podido explicarme, y pude comprender el juicio de uno de mis amigos, caballero inglés, que sintetizaba en estas palabras: "Don Gustavo Madero siente como un mexicano, piensa como un francés y obra como un anglo-sajón". A mi directa pregunta de que teniendo, no el poder, sino el derecho de acabar con una infame campaña acusando a sus calumniadores, satisfizo mi curiosidad de esta manera: "Se ha dicho, quizás con fundamento, que soy un impulsivo y quiero probarme que soy capaz de dominar mis impulsos. Por otra parte, es justo que hablen después de haber estado amordazados tanto tiempo". Consideró largamente la "cuestión india", la "cuestión agraria" sin cuya resolución no habría nunca en México "ni justicia ni paz duradera" y aquel hombre de acción que confesaba no haber tenido tiempo, en dos años, de leer un libro, exponía en sus grandes líneas todo un proyecto de "homestead" para resolver de manera equitativa y práctica el gravísimo problema de la redención india, causa verdadera de aquella segunda guerra de independencia. Mostraba cálculos, exponía cifras, descartando cuidadosamente toda hipótesis, toda utopía y buscando lo "posible", lo "realizable" con admirable sentido práctico. El indolente egoísmo de nuestros hacendados, de nuestros "estancados", lo exasperaba, pero no perdía de vista sus derechos, la necesidad y el deber de respetarlos, concluyendo con la afirmación, que revelaba todo su exuberante optimismo, de que en los nuevos sistemas no habría dañados, pues se trataba, por el contrario, de bus-

car la manera de que todo el mundo, en un país que tiene para todos, resultara a la postre ganancioso, lo que me hizo comprender que su declarado radicalismo no estaba fuera del programa de "cooperación de clases" que dirigía la política de su hermano mayor.

Si don Gustavo Madero no hubiera sido un hombre verdaderamente superior, ¿cómo podrá explicarse que su figura, cuidadosamente oculta en la sombra durante todo el tiempo de su arriesgadísima conspiración armada haya llegado a penetrar en las conciencias inspirando más terror, despertando más odios, él solo, en cortísimo lapso de tiempo, que todos los científicos juntos, en un largo período de privilegios, exacciones y sinecuras de toda especie? Además, desde cuando aquel celoso control de los negocios públicos? Un gran terrateniente asturiano ha robado sus tierras a los indios y jactándose arrogantemente durante muchos años de haber avasallado el poder judicial. Contra este hombre hay más de trescientos litigios en los juzgados de la Capital: no existe uno solo, en toda la República, contra don Gustavo Madero. En las quisquillosas conciencias criollas no provocaron mayor indignación los cínicos hurtos de don Manuel González. Por el contrario, se hablaba de ellos en forma graciosa y complaciente, con aquella puntita de envidia admirativa, tan peculiar en los "incapaces". Un "tio vivo", el clásico "tio vivo" que infunde un respeto sobrecogido, malicioso, y abre en flor la sonrisa de los codiciosos fracasados, no por la exageración de los principios, ni de los escrúpulos... sino por la incapacidad mental, la pusilanimidad invencible o la oportunidad que se acecha y no viene... Don Gustavo Madero no fue el "tio vivo", el alegre y legendario "picaro" de las viejas historias castellanas. Don Gustavo Madero fue "Ojo Parado". Un odio estúpido, obsesivo, le siguió hasta la tumba.

Hasta la tumba. El marrazazo felixista que picó el único ojo útil de aquel infortunado, cegándolo minutos antes de acabar con su vida, acabó con el cliché maldito, porque,

desde ese momento, ya no fue "Ojo Parado" sino "Ojo Sacado". ¿Hasta la tumba? Digo mal. *Hasta después de la tumba.* La crónica criolla metropolitana lanzó á los cuatro vientos la versión de que don Gustavo Madero había muerto cobardemente, con grandes gestos de desesperación y sufrimiento. (1) Con sus dos ojos vacíos, se apoyó contra un poste y lloró... sangre. Hay héroes contra la muerte, pero no los hay contra la ceguera. Adolfo Bassó pudo mirar la muerte en plena luz, cara a cara. Pero no se puede ver en las tinieblas. Si para los antiguos asiáticos el alma está encerrada en el abdomen, si los semitas suelen hablar del hígado y los riñones como el asiento de la emoción y la vida; si el alma, según Descartes, esta localizada en la glándula pineal; si, en nuestras lenguas latinas, entraña significa afecto y compasión, hay algo para los hombres de todos los tiempos, que justifica la existencia. Este algo es *la luz, la vista.* Perderla por sorpresa, tener un fin inconcebido, inesperado; exigir en semejantes condiciones el heroísmo y la sublime compostura con que Catón, Bruto, Petronio y una falange de personajes antiguos terminaron su vida terrenal, es no tener ni entraña en el vientre ni una gota de materia en el cerebro. El heroísmo es, ante todo, una actitud. Y no puede adoptar actitud de samurai un hombre que, por sorpresa, a traición y dolorosamente, acaba de perder la vista.

Gustavo Madero era un valiente; en esa excepcionalísima familia no hay cobardes. Varios Madero cumplen

(1) Desde las primeras horas de la Tragedia, don Gustavo Madero fue aprehendido en Palacio por los aspirantes y avisado de que se le iba a fusilar, lo que hubiera sucedido indudablemente sin la oportuna intervención de los Generales García Peña y Villar que lograron someter a los traidores y libertar al hermano del Presidente. Todo el mundo fue testigo de la intrepidez y la febril actividad que don Gustavo desplegó en cuanto pudo recobrar su libertad; los peligros que conscientemente arrojó durante aquellos días de continua y sangrienta lucha, fueron bien notorios; pero, digno del nombre que llevaba, supo morir en su puesto, en tanto que sus asesinos y sus calumniadores, pocos meses más tarde, llegaban a los bulevares de París, pálidos, aterrorizados, y por cable suplicaban al Dictador que les perdonase su felixismo....

ya con su deber entre las filas de Carranza. Pero una familia tan extraordinariamente superior a su medio ambiente, tenía que ser extraordinariamente calumniada. Los ciegos que no quisieron hacer del tuerto su rey, lo hicieron su igual cegándolo antes de asesinarlo, como lo llenaron de fango antes de quitarle la vista. Mucho menos hicieron los negros dahomeyanos arrastrando por los pantanos el cuerpo exámine del coronel Dugast, que en nombre de la civilización quiso arrancarlos de la barbarie. La palabra para condenar el acto infame de los que asesinaron a Gustavo Madero, no existe en lengua alguna.

Durante el viaje a que acabo de referirme y que me dió la ocasión de aproximarme a aquel fuerte espíritu, algo aconteció que pudo darme la medida de su serenidad ante el peligro. Alguno de sus amigos que había subido al tren en San Luis Potosí, le hizo ver la imprudencia de viajar sin escolta. "Yo sé bien que si me cojen los enemigos, —dijo don Gustavo— me arrancarán las "partes viriles"; pero no me cojeran vivo". (Aquel presentimiento vinieron a realizarlo, en parte, los bandidos de levita: le pincharon su ojo vivo. Pero no hubieran querido, por nada en el mundo, encontrar ni aquel ojo ni aquellas "partes" en campo raso).

Una hora después entrábamos en Coahuila. La plataforma de nuestro vagón, al final del convoy, quedaba a campo descubierto. Al detenerse el tren en la primera estación, vimos que don Gustavo, con violento gesto, cogía una carabina y gritaba apuntando afuera: "párense!" Acercándonos de un salto a la plataforma, vimos un grupo de hombres que, arma al suelo, miraban atónitos aquella carabina presta a hacer fuego. Un hombre, seguramente el jefe, nos tranquilizó con estas palabras: "Nos manda el señor Gobernador Carranza para escoltar al señor don Gustavo Madero." Don Gustavo los había visto acercarse a paso de carga para alcanzar el tren y se preparó a recibirlos; pero su fisonomía franca y abierta, no revelaba la menor emoción. Sonriente y campechano, convidó

a aquellas buenas gentes a refrescarse con un vaso de cerveza "a la salud de don Venustiano." Y todos reímos alegremente de aquella chusca aventura. (1).

Yo no sé si don Gustavo Madero, aprovechándose de su gestión revolucionaria y de la influencia que haya tenido en el gobierno de su hermano, se habrá servido de ellas para hacer negocios. Lo que sé es que no sé nada. Lo que sé es que me encuentro en especial posición para saberlo todo, y nadie ha podido probarme ni citarme siquiera con apariencia de fundamento, un solo negocio de carácter ilícito con el gobierno que su esfuerzo contribuyó, de poderosísima manera, a implantar y a sostener. Lo que sé es que esa campaña, que se continúa después de su muerte, ya no por los que la emprendieron sino por los que cayeron en ella, es bofa, pueril, rasfrera y que tiene todas las formas, todas las características de la impostura organizada. "Se dice", "se cuenta", "no tengo pruebas", "esas cosas no se prueban", "la voz de la calle", etc., etc. Además, aquella voz unánime, aquella opinión compacta, aquella universal indignación en un país que acababa de pasar por una larga serie de abusos, de extorsiones, de francos robos, no podía menos que serme sospechosa. Los "negocios" de Porfirito, de Inigo, de Scherer, de todos los paniaguados porfiristas, jamás levantaron tanta polvareda. No quiero aparecer como un original, pero francamente, mientras más "se dice", mientras más rápidamente "sehace" una

(1) Pocas semanas antes de su muerte, sus amigos ofrecieron un banquete a don Gustavo Madero. No obstante mi invencible repugnancia por todo lo que olera a política, resolví inscribirme, con la sana idea de contribuir en algo a aquella reparación que se le ofrecía. Fui colocado entre un negociante y un periodista, excelente amigo mío. Como en el curso de la conversación, mi incurable jactancia me llevara a alardear de mi muy positiva independencia, el periodista, cruzando su cubierto sobre la mesa, me miró sorprendido: ¿Y entonces por qué está Ud. aquí?....

En aquel banquete hablaron Urueta, Bordes Mangel y el obsequiado. Urueta: don Gustavo Madero es un hombre feliz, primero, porque se va al Japón.... Bordes Mangel, algo turbado, abusó de la palabra "señor," lo que dió un tono impropio a su discurso. Urueta habló en oro, Bordes Mangel... en cobre. Don Gustavo habló en plata: "tenemos el enemigo en casa," dijo.

opinión contra un hombre o una clase que representa una idea cualquiera, más pienso en la "voz de orden" en la batuta de que habla Liebnecht. Por eso no creí nunca en la inocencia de Dreyfus, ni en la "pureza inmaculada del gran apóstol Ferrer", como tampoco creo en la infalibilidad del papá, en la "viuda inconsolable", ni en el "ameritado general", ni en el "eminente facultativo". Todo "cliché" me horripila, me ataca los nervios. Santo Tomás, un temperamento, es el más inteligente de los apóstoles. Puedo aceptar la fé católica porque moraliza y consuela; pero la "sugestión masónica" me parece, por lo que contiene la hipocresía y de fraude, el más vil de los atentados contra los derechos del pensamiento, el más pérfido y cobarde ataque a la inviolabilidad de lo que constituye el honor de la naturaleza humana: la conciencia. La calumnia, ¡oh! qué innoble cosa! ¿Con qué palabra condenarla? Lllaman a los calumniadores escorpiones. Falso. Los escorpiones tienen dardo, no lengua. (1)

(1) ¿Qué crimen, qué delito se reprochaba a don Gustavo Madero? Sus implacables calumniadores jamás llegaron a presentar un CASO CONCRETO de robo, de espoliación, de monopolio. La siguiente carta sí denuncia CASOS CONCRETOS conocidos de todo el mundo: ☺

Habana, Junio 12 de 1914.

Sr. D. Nicolás Rivero.

Director del "Diario de la Marina."

Presente.

Muy señor mío:

Me han causado pena los conceptos de usted en la sección que intitula "Actualidades" correspondiente al número de hoy por considerar que usted trata los asuntos que en la actualidad se debaten en la República Azteca con la mayor imparcialidad dados sus buenos antecedentes.

Me voy a permitir hacerle algunas aclaraciones, pues probablemente acepta usted, sin reserva alguna, toda información que le proporcionan, tanto del asunto exterior como interior de México, y a la vez que es usted víctima, hace usted víctimas de esas leyendas a todos, y principalmente a los españoles que en la actualidad se impresionan mucho por los asuntos de México. Las aclaraciones serán muy breves, pero concretas.

El A. B. C.— los mediadores— se han dejado engañar, y los engañadores no han sido otros que los representantes de Huerta. El A. B. C. debe evitarse el ridículo, limitándose a tratar el asunto exterior de México— solucionar el caso yanqui-mexicano— pero por ningún concepto inmiscuirse en los asuntos domésticos porque el C. Venustiano Carranza, representante del Ejército

Copio en seguida lo que a éste respecto me escribe un elocuente amigo:

"La calumnia! ¿Quién no tiembla ante el más infame de todos cuantos agentes dispone la envidia? ¿Dónde está el hombre capaz de ver con fría calma cómo se desmoronan una a una todas las paredes que forman el edificio de una bien sentada reputación, al insensible y

Constitucionalista—el pueblo mexicano que lucha por sus libertades—no acepta para esto más que la intervención de los mexicanos.

El calvario de Carranza ha principiado, y con el de Carranza, el de todos los constitucionalistas; este calvario es defender al pueblo del oprobio de una tiranía, educarlo y evitar que siga siendo expoliado por extranjeros y mexicanos conservadores.

Respecto del caso concreto que cita usted del español D. Iñigo Noriega voy a ser más extenso.

D. Iñigo Noriega llegó a México sin más equipaje que lo que llevaba puesto. El capital que poseía en esa fecha debe haberlo dejado en Colombia. Todos los negocios de D. Iñigo en México son sucios. Principiaré por referir el primero en que se inició: la acuñación de moneda níquel; "negocio" que hizo con el Presidente D. Manuel González, y que se concretaba a convertir el Gobierno de México en monedero falso. Al entrar D. Porfirio Díaz, el decantado "Héroe de la Paz," a ser presidente de México por segunda vez, trató de expulsar a Iñigo Noriega como extranjero pernicioso; y en un arreglo personal que tuvieron el citado Noriega y el general Díaz, quedó revocada la orden de expulsión y concertado el "negocio" de la desecación de la laguna de Xico. Este negocio lo hizo en sociedad con el propio general Díaz, apropiándose 12,000 hectáreas de terrenos donde en la actualidad se cultivan maíz, cebada y trigo y establos que producen unos 4,000 litros de leche al día. La desecación se hizo con dinero de la nación; pero eso sí, no sacó mucho costo, pues el mayor jornal que se le pagó al peón en esa época, fué de 25 centavos mexicanos. Los terrenos de la laguna de Xico pertenecen como ejidos de la ciudad de México al pueblo. En el centro de esa laguna existía la residencia de D. Hernán Cortés y actualmente existe una regia mansión de D. Iñigo. Dista el principio de estos terrenos unos 18 kilómetros de la ciudad de México; el desagüe se le dió para el lago de Texcoco, distante 20 kilómetros de la ciudad de México, y cuyo lago desagua al "Gran Canal" por San Lázaro hasta Pachuca, donde es utilizada esta corriente por la "Compañía Eléctrica de Irrigación y Fuerza." Limítrofe con Xico se encuentra la hermosa finca "Zozulapa" de D. Iñigo, a 35 kilómetros de la ciudad de México, con ferrocarril propio desde la misma ciudad y cuya finca usted conoció cuando estuvo en México en 1910. Los terrenos de esta finca también son pertenecientes al pueblo, pues son ejidos que se fué "adjudicando" el mismísimo D. Iñigo. Son 14,000 hectáreas. Pero esto no tiene importancia, pues sumadas no hacen más que 26 mil hectáreas que legítimamente le corresponden al pueblo y que valen muchos millones de pesos.

Debo decir a usted que D. Iñigo no tuvo necesidad de horadar montañas,

sutil soplo de la calumnia? ¿Quién puede contener su indignación al verse objeto de falsas imputaciones? ¿Quién no se desespera cuando al presentarse ante los hombres escucha el siniestro murmullo que hiela la sangre del más osado y el cual produce una voz ladina, penetrante, que resuena como un trueno dentro del alma, mientras que apenas la oyen sus oídos, que le dice: Aparta! ¿Quién

nues en Xico no existía más que el volcán que se encuentra situado en medio de la laguna y que fué donde construyó nuestro conquistador D. Hernán Cortés su residencia. Creo que usted confunde, en una asociación de ideas, a D. Iñigo con su padre D. José Noriega Mendoza, que fué cantero, y de ahí su confusión al creer que D. Iñigo ha horadado montañas en Xico. Respecto de que la horadación de esas montañas fué con objeto de que esas aguas atravesasen las tierras bajas y fuesen hacia el mar, también padece usted de un error, a no ser que quiera usted dar el nombre de mar al lago de Texcoco. De otra suerte el mar más próximo dista de Xico unos 460 kilómetros.

Por esas propiedades no merece la pena darle el título de latifundista al buen D. Iñigo; eso no vale nada. D. Iñigo se ha apropiado, en sociedad con el general Díaz, de los terrenos de nominados "La Sauteña," en el Estado de Tamaulipas, que constituyen más de la mitad del territorio de ese Estado, que es muy vasto. Y digo apropiado, por no encontrar otra forma para definir al que entra en posesión de una cosa como la que explotó D. Iñigo para entrar en posesión de "La Sauteña." D. Iñigo posee un extenso latifundio entre el ferrocarril de Orizaba al Pacífico, en el Estado de Oaxaca, no tan importante como el de "La Sauteña," pero sí de muchos cientos de miles de hectáreas; y empleó el mismo procedimiento de "adquisición."

D. Iñigo tiene vastos terrenos en el Estado de Morelos, ahí donde se encuentra ese a quien llaman bandido Emiliano Zapata. Tiene en ese mismo Estado muchas fincas de campo y la mina de plata en explotación denominada "Tlalchichilpa."

D. Iñigo posee innumerables propiedades urbanas en la ciudad de México y en otras muchas ciudades. Posee, además, una extensión muy considerable de terrenos en la colonia o canal de la Viga, por lo que algún familiar suyo tiene algún litigio pendiente, pues se apropió de esos terrenos como se "adjudicó" los de "La Sauteña,"—la perra es tan brava que hasta los de casa muerde.

Por último, D. Iñigo es accionista del Banco de Londres y México, del Banco Nacional Mexicano y del Banco Central Mexicano. Tiene participación como accionista en todas las sociedades anónimas industriales establecidas en México por concesiones otorgadas en la famosa época de la Paz y del Progreso—el gobierno de Porfirio Díaz.—También tiene acciones el mismísimo general Díaz, pues en todos los "negocios" han sido socios D. Iñigo y D. Porfirio.

Réstame decirle que los pobres indios aztecas—la población rural—es lo absoluto es pequeño propietario, siendo el máximo del jornal que les pagan

no huye despavorido y se esconde en el más oculto rincón de su morada al escuchar la sentencia infamante que pronuncia un tribunal de jueces invisibles a instancia de un acusador desconocido?"

—¡Réprobos mafiosos que lanzásteis la infamia, hay un infierno especial para vosotros! Y vosotros, crédulos criollos que prestasteis vuestra boca para hacerla el vehículo de la inmundicia, ¿hay alguno en vuestro grupo que habiéndose elevado lo suficiente sobre esa multitud de esclavos, haya merecido el triste honor de ser mordido por la babosa bestia?

Mucho se ha escrito y mucho más habládose sobre la familia Madero, hoy ilustre y mañana gloriosa. (1). La Re-

esos grandes latifundistas, como D. Iñigo, de 40 centavos mexicanos o sean 20 centavos oro. No creo que pueda usted considerar esto un "bien pagado jornal."

Estos son los mil agros realizados por D. Iñigo, y la verdad que soy el primero en reconocer que son "milagros," y por estos "milagros," tanto para que no se repitan, cuanto para aliviarle la carga que este buen asturianito D. Iñigo lleva a cuestas con tantos terrenos, es por lo que los constitucionalistas piensan, en casos como el presente, aliviarlas revisando los papeles de estas propiedades, y evitando para lo sucesivo gobiernos de privilegios que "carguen" demasiado a sus protegidos.

Por motivos de relaciones sociales que me ligan a una honorabilísima dama de parentesco muy cercano con D. Iñigo, me abstengo de firmar con mi nombre la presente, pero va ajustada a la verdad de los hechos respecto de las "propiedades" que posee el referido señor en México, y que como usted, los mexicanos conceptuamos "milagros realizados."

De usted muy atto. y S. S.

J. MORENO.

Nota.—Para que los ingenieros pudiesen hacer la acotación de los terrenos de Xico, fué necesario el auxilio de la fuerza armada, pues los indios de los alrededores protestaban por el despojo de que eran víctimas, atacando con piedras a los ingenieros.

(1) Jamás ha habido en México familia más calumniada que la familia Madero. Ni tampoco más honorable. Asiento esta conclusión con toda la fuerte sinceridad de mi albedrío. Mientras la canalla periodística arrojaba a los ojos del pueblo mexicano, hasta cegarlos, toda la polvareda de su inmunda palabrería, cuando en México no se hablaba de otra cosa que del "nepotismo maderista" y los "ciento cincuenta parientes," yo encontraba a cada uno de los que conocía, dedicándose tranquilamente a su trabajo. Porque en esa familia

volución, con el cadáver ensangrentado del primogénito por estandarte, triunfará de nuevo: las figuras de los nuevos paladines ocuparán, por breves días, las brumosas imaginaciones de nuestros veleidosos rasca-vidas. "El Imparcial" y "El País", cerrando el ojo maligno, preparan la gentil voltereta. El elogio desmesurado tras de la desmesurada impostura. La admiración, real o fingi-

todos trabajan. Gustavo, vigoroso revolucionario, diputado al Congreso de la Unión, sí se ocupaba de política con todo el ardor de su temperamento; pero todos los demás hermanos del Presidente—Emilio, Alfonso, Raúl, Gabriel, Julio, Carlos—todos notablemente robustos y sanos, atareados en sus haciendas, trabajando como cualquiera de sus empleados, sólo aparecían en la Capital de tarde en tarde. Modestos y laboriosos, yo los encontraba constantemente—vestidos de kaki, con cuello bajo y sin bandolina en el cabello—en Monterrey, en Torreón, en San Pedro, en Parras. La aristocracia de esta familia no consiste en sus caballerizas, ni en su dandismo, ni en sus parrandas, ni en su inercia, ni en su "baccarat", ni en el zaguaneo de los clubs, ni en su insignificancia, ni en su rastacuerismo en suma. La superioridad de esta familia está en su cohesión, en su disciplina, en su instrucción práctica, en su trabajo metódico y constante y en la ejemplar moralidad de sus costumbres. Lo mismo afirmo de los tíos, por lo menos de aquellos cuya conducta he podido observar—Evaristo, Salvador, Manuel, José, Benjamín y Daniel—Es notorio que ninguno de ellos tuvo grangerías ni puestos públicos.

Esta nota, como otras muchas, hará sonreír a tanto imbécil que pulula en este planeta: tan raro es que se defienda al caído! Se dirá que la pobre pluma mía, tan ocupada en trabajos más discretos y productivos, se ha vendido como tantas otras. No importa. Reclamo mi lugar en esa gloriosa falange de los calumniados vivos y muertos. Jamás mis letras han llegado a los ojos del público sino: primero, para defender la ultrajada memoria de un héroe que jamás conocí: el General González Salas; segundo, para defender a los indios atormentados y miserables de mi país, y tercero, para defender a las víctimas de Huerta. Ni de los indios, ni de los muertos, puedo esperar el menor beneficio. Pero estimo que *no hay en el mundo más que una causa que valga la pena de ser apasionadamente buscada y servida: LA VERDAD*. En buscarla y en servirla no tengo más mérito que el de la buena voluntad y ésta, eso sí, es absoluta. Nada arriesgo ni nada gano. Trabajo en el extranjero con independencia, con fruto, y no volveré a mi país mientras éste no haya lavado la afrenta que los malvados han hecho al honor nacional y a la soberanía del pueblo.

En la familia Madero—la más numerosa de cuantas en el mundo he conocido—no hay un haragán, ni un vicioso, ni un violador, ni un delinciente, ni un mal hijo, ni un mal esposo, ni un mal ciudadano. En ellos no subsiste nada de la mentalidad española y su ejemplo es una prueba de que el criollo de América, indolente, arrogante y sin voluntad, es perfectible por la cultura, por el trabajo y el ejemplo.



da, encontrará, como siempre, pasto abundante para su hipérbole. Fáciles "palmaditas de hombros" intentarán sacudir— amables, "querendonas"— el polvo honroso de triunfantes charreteras. Tres cosas hay en el mundo que jamás fatigan a nuestros perezosos e inconstantes criollos: la ingratitud, el servilismo y la chupaza. Por mucho tiempo se ignorará la abnegación y el estoicismo de una madre; el lento, el prolongado y silencioso martirio de una esposa inseparable en el escabrosísimo apostolado, benévola, modesta en el poder y maravillosamente digna frente a la más cruel de las adversidades; como seguirá desconociéndose la elevación moral de dos jóvenes patricias y el ilustrado y parco heroísmo de seis campeones, verdaderos "mozos de digo y hago"; el armónico y fecundo esfuerzo, en fin, de toda una familia que en plena opulencia, en pleno honor, en plena dicha, ofreció su fortuna y su vida para arrancar de su país el despotismo y la barbarie. Nuestros caprichosos escritores, indiferentes a su prestigio histórico, desprovistos de elegancia mental, claudicantes como Molina Enriquez, impresionables y puerilmente orgullosos como Roque Estrada o atrabiliarios (bilis negra) como el oscuro teniente del "Madero sin máscara", seguirán juzgándolos con envidia y extravío si de ellos estuvieron demasiado cerca o con osada ignorancia si el rencor o el destino los mantuvo demasiado lejos; pero la verdad, al fin y trabajosamente, acabará por abrirse paso en las conciencias. Por encima del infesado despecho de los amigos cuya enfermiza susceptibilidad o exagerada impaciencia los hace considerarse insuficientemente favorecidos, como al través de la enconada perfidia o el brutal ultraje de los enemigos, aquellos de los nietos de nuestros biznietos que hayan podido elevar su civilización sobre la eterna y universal cobardía de las letras de imprenta— más viles y más venenosas aún que el dardo vil del escorpión inmundo—podrán discernir todo lo que los Serdán y los Madero contuvieron de visión, de sacrificio y de ejemplo. El hombre que